

noran, como dice el Apostol, y que deciden, sin mas ciencia que su propio capricho, acerca de las mas sublimes verdades, y de los mas altos Misterios; si hay algunos fingidos incredulos, que se precian de Doctores, y que quieren sujetar todos los Misterios al examen de una razon vana, y presuntuosa: si hay algunos medio Christianos, que separando unas verdades de otras, tienen à bien que se crean ciertos articulos, porque no se oponen à sus deseos, declarandose al mismo tiempo contra otros que son contrarios à sus pasiones; si hay muchos hombres indiferentes à quienes todo les parece igual, que conformandose con que cada uno se forme en particular una religion à su modo, conservando en su creencia una falsa libertad, que degenera en verdadero libertinage: si hay impios ocultos, ò verdaderos hypocritas, que sin quitarse la mascara, ni sacudir enteramente el yugo, bajo una falsa apariencia de religion, ocultan una infidelidad verdadera, y que en su corazon todo lo niegan, aunque exteriormente parece que todo lo creen: decidme, pues, ¿no es el sensual deleyte quien ciega à todos estos, y los pone una funesta venda sobre sus ojos? Y si no, pregunto, ¿por qué no creen? la respuesta es clara, porque no quieren creer: ¿y por qué no quieren creer? porque quieren vivir sin remordimientos en sus desordenes, y solamente la fé es la que los puede hacer perder su falsa tranquilidad: es verdad que no llegan repentinamente à este infelíz estado, sino por grados; al principio viven distraídos, y se olvidan voluntariamente de las verdades eternas: son Christianos, sin

pen-

pensar en las obligaciones de tales; pero la gracia, y la conciencia claman algunas veces en su interior, y los representan las principales, y mas terribles verdades de nuestra fé: para atender à estos interiores clamores, es necesario que muden de costumbres, pero esto les costaria mucho trabajo: quisieran sofocarlas, y algunas veces lo consiguen; pero asi como el fuego mal apagado buelve à encenderse poco à poco, estas verdades se avivan, y causan nuevos remordimientos; no les queda, pues, mas arbitrio, que impugnarlas, y destruirlas en quanto les es posible: y asi empiezan examinandolas, sin valerse de mas reglas para este peligroso examen, que sus propias preocupaciones, las que siempre son triste fruto de la pasion: piensan, leen, averiguan, oyen, discurren, hallan dificultades, la razon soberbia rehusa sujetarse, y la pasion que la engaña, la autoriza, y justifica; de aqui nacen las dudas, pero el que duda en materias de Religion, ya es infiel; y asi, pasan muy presto à una absoluta infidelidad: esto es lo que llama el Profeta infidelidad del corazon, de un corazon entregado à sí mismo, y à sus brutales deseos; de un corazon cautivo, que aborrece todo quanto pudiera ayudarle à romper sus cadenas: *Dixit insipiens in corde suo, non est Deus.* Esto es lo que priva à la Iglesia de tantos Reynos, y Provincias; esto lo que en el mismo seno de la Iglesia, y aun entre el buen grano hace crecer tanta cizaña, y forma tantos falsos Christianos, y esto lo que destruye el campo de Jesu-Christo. Queremos conservar esta infelíz pasion, pero ella, como el Idolo de Dagon, no puede permane-

Tom. I.

S

cer

cer en un mismo Templo, en una misma alma con el Arca del Señor: aprovechaos, pues, Catolicos, de la leccion que oy nos dá nuestra illustre protectora: su virginidad la dá motivo para manifestar su fé; temed vosotros, que los placeres terrenos os la hagan abandonar: el amor al deleyte hizo del mas sabio, y mas santo de los Reyes, el hombre mas impio, y mas idólatra: ¿sois acaso vosotros mas fuertes, ni mas santos que Salomon? confieso desde luego, que cuesta trabajo hacer que la fé triunfe de los placeres, pero no tengais miedo, que ella os comunicará valor en los combates, como se le comunicó à Santa Ines; porque no solamente su virginidad la sirvió de motivo para hacer resplandecer su fé, sino que tambien su fé la dió aliento para defender su virginidad, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

LA fé sirvió en Santa Ines de custodia à su virginidad, por lo que fue virgen de Jesu-Christo. El Paganismo tuvo sus virgenes, y tambien el mundo las tiene oy entre los Christianos. Roma vió muchas jovenes doncellas, consagradas à la Diosa Vesta, preferir el honor de la virginidad à las mayores conveniencias. El Prefecto de Roma quiso colocar à Ines en el numero de estas virgenes; pero eran virgenes Paganas. Todavía se ven en el mundo algunas de estas virgenes, que por falta de bienes, por amor à la libertad, y por miedo de perder su estimacion, se mantienen dentro de los limites del honor, y del celibato; pero estas son virgenes del mundo:

do: para estas no hay mas recompensa que la reputacion que tanto ellas aprecian, ni tienen mas fin en mantenerse en el estado de la virginidad, que un fin puramente natural, y unos respetos absolutamente humanos; pero ved aqui, Catolicos, una virgen, segun la fé, y por la fé: ved aqui una virgen Christiana que, como he dicho muchas veces, se valió de su virginidad para dar à conocer su fé, y de su fé para defensa de su virginidad: primeramente su fé, en medio de su flaqueza, la comunicó la mas alta esperanza, y la mayor confianza en su Dios: en sagundo lugar; su fé, en medio de los mayores peligros, la hizo experimentar la asistencia de su Dios, y triunfar felizmente de los mas violentos asaltos, y de los tormentos mas crueles.

1. Se valió de su fé para defensa de su virginidad: viendo el Tyrano igualmente despreciada su alianza, su autoridad, y sus Dioses, la propuso una alternativa capáz de asustarla, y acobardarla: la condena, ò à que sacrifique à las falsas Divinidades, ò à ser llevada à un lugar de prostitucion; en esta triste alternativa no puede elegir Ines, pues ambos extremos son igualmente contrarios à la Religion: siendo joven, y flaca, por su sexo, ¿cómo ha de resistir à un poder tan superior? Pero, ¡oh! que aunque no sabe cómo se ha de defender, está muy segura de que podrá defenderse: si solamente atiende à las fuerzas de la naturaleza, no puede menos de temer; pero en la fé halla seguro remedio: la fé la enseña, que la divina gracia es tan fuerte, que de los niños hace Heroes invencibles: la fé la enseña que el mayor poder de la tierra, solamente se

estiende à lo que Dios le permite; la fé la enseña, que nada puede todo el mundo contra el Dios à quien ella adora; sabe que este mismo Dios, con una sola palabra, puede trastornar los mas altos Cedros del Libano, y aniquilar todas las grandezas humanas: sabe los muchos prodigios que ha obrado el brazo del Altísimo, valiendose de la mayor flaqueza para confundir las mayores grandezas que admira el mundo: sabe que este poderoso brazo no se ha abreviado para ella: sabe las promesas que Dios tiene hechas à los que le invocan; en una palabra, sabe que todo lo puede en el Dios que la conforta: pues con esta confianza, ¿qué podrá pensar? ¿qué podrá decir? ¡oh, valor admirable de la fé! ¿qué es lo que pretendéis? Responde la valerosa virgen; queis acobardarme con vuestras amenazas; estais seguros de alcanzar una pronta victoria, porque no conoceis al Dios à quien yo adoro; pero yo le conozco: conozco el poder de Jesu-Christo, mi Salvador, y mi Dios, y confiando en los divinos auxilios de su gracia, no dexaré de ser Christiana, ni de ser virgen: apartad de mí esas falsas Divinidades à quienes vosotros adorais, y yo desprecio: ¿qué pueden ellas hacer à favor vuestro, ni contra mí? ¿Pero qué no puede contra vosotros el Dios del Cielo, y qué no puede hacer à favor mio? De este modo habla Ines: en su misma fé halla motivos para alentar su confianza: todo lo espera de la divina asistencia, y este fue el primer efecto de su fé: no quedó engañada en su esperanza: experimentó la divina proteccion en los mas terribles combates, y recibió una fortaleza celestial para sufrir los mas
cru-

cruelles tormentos, y este fue el segundo efecto de su fé: no sé, Señores, à qué atribuir cierta delicadeza que oy reyna en el mundo: jamás se ha visto mayor corrupcion de costumbres, que la que reyna al presente, y tampoco se vió jamás tan aparente escrupulo acerca del pudor: apenas se atreven los mismos Predicadores à hablar de los combates que sufrieron las Virgenes de Jesu-Christo: no sé en qué consisten estos respetos: ¿es acaso por no ofender los oídos castos que nos escuchan? No, Señores, porque estos mismos son unos espíritus corrompidos, y unos corazones perversos, acostumbrados à abusar de todo, y à hallar en todo fomento para su infame pasion: en el mismo lugar santo en donde debieran aprender à implorar los socorros del Cielo, en donde debieran instruirse acerca de los medios de salir del abismo en que los han sepultado sus culpas, en donde debieran animarse con el exemplo de sus hermanos; en una palabra, en donde debieran detestar sus infames costumbres, allí mismo hallan motivo para prevaricar, pues condenando al Predicador, que refiere los milagros de la gracia, dan muestras de que se ofende el pudor que en la realidad no tienen: sepan, pues, estos espíritus depravados, que nosotros tememos mas la corrupcion de sus corazones, que la malicia de sus lenguas: bien sabido es el lugar à donde fue llevada Santa Ines, y los prodigios que obró Dios para ampararla: bien sabido es que el hijo del Prefecto de Roma halló en una muerte repentina, y funesta el castigo que merecia su temeraria, è insolente pasion: basta esto para prueba de que Ines recibió del
Cie-

Cielo, para socorro de su virginidad, todos los auxilios que la prometia su fé.

Sale Ines de aquel infame lugar tan pura como havia entrado, y llena de confianza en la misericordia, y poder de aquel Señor que se havia declarado protector de su virginidad: ora à favor del hijo del Prefecto, Dios oye su oracion, el muerto resucita, y publica en presencia de todos, que no hay mas Dios que aquel à quien Ines, y los Christianos adoran: ¿se necesitaba de mas prueba para dar libertad à Ines, y hacer triunfar la Religion Christiana? Pero, ¡oh, ceguedad del entendimiento, y obstinacion del corazon humano! El Pueblo atribuye à magia, lo que era efecto del divino poder: el Prefecto aunque no se atreve à condenar à la que havia restituido la vida à su hijo, no tiene valor para defender la verdad que está conociendo: no se atreve à sacrificar sus intereses, abandonando los de sus falsas divinidades; hace lo que algunos Jueces cobardes, que juzgan cumplir con su obligacion, no pronunciando sentencia contra el inocente, aunque le vean perecer entre otras manos: se retira, y dexa entregada à Ines à la potestad de su Lugar-Teniente: ved aquí, Catolicos, que se nos presenta una nueva scena: ved aquí un nuevo campo de batalla en que Ines ha de conseguir nuevos laureles, y nuevas victorias; aquí experimenta todos los socorros que su fé la havia hecho esperar: la arrojan en una grande hoguera encendida; pero el mismo Dios, que en otro tiempo conservó ilésos en medio del horno encendido à los tres Niños Hebreos, la hace inaccesible à las llamas: estas vuel-

ven

ven su actividad contra los Ministros del iniquo Juez; se abren, y ofrecen à Ines el paso libre, como se abrieron las aguas del mar para que pasase el Pueblo de Dios: ¡oh! Señor, mil veces os alabo, y bendigo, exclama nuestra Santa en medio de las llamas, que parece la respetaban: al presente estoy viendo lo mismo que hasta ahora he creído, y experimentando los efectos de mi esperanza: pero, Señor, ya que hasta ahora haveis manifestado vuestro poder, haciendo tantos milagros à mi favor, manifestadme vuestra bondad, y permitid que por ultimo reciba la gloriosa corona, que es el unico objeto de todos mis deseos: al oír estas palabras todos lloran, todos tiemblan, dice San Ambrosio, solamente nuestra Santa permanece tranquila: todos se admiran de verla tan prodiga de una vida que apenas empezaba à gozar: *¿Quid percussor moraris?* dice Ines, bolviendose con valor ácia el que la havia de dar la muerte, perezca este cuerpo que ha tenido atractivos para agradar à quien yo nunca he querido agradar: *Pereat corpus quæ placere potest oculis quibus nolo*: ¡à qué excesos no llega la crueldad, prosigue San Ambrosio, pues no perdona à la edad mas tierna; ò por mejor decir, à que no se estiende la fuerza de la fé, pues se vale de la misma infancia para su testimonio! La que apenas tenia cuerpo en que pudiese cebarse la espada del verdugo, ya consigue una completa victoria, y recibe, muriendo, la palma de la virginidad, y la del martyrio; valiendose de su virginidad para manifestar su fé, y de su fé para defensa de su virginidad: atended, Catolicos, á estas dos reflexiones con que concluyo: la pri-

primera, que no hay dificultad, por grande que parezca, en el amor à los deleytes sensuales, que no se pueda vencer con los auxilios de la fé: dirá alguno que es imposible resistir à cierta costumbre, ni vencer cierta inclinacion; que es imposible romper tal amistad, ni oponerse à los esfuerzos de la passion: confieso, Catolicos, que es difícil; ¿pero quantos medios no hallais en vuestra fé, como los halló nuestra Santa para alcanzar esta victoria? Estos medios no solo son suficientes para pelear; sino tambien para conseguir el triunfo: unas veces esta misma fé os representa, como representaba à nuestra Santa, la idea de un Dios, de un supremo ser, tan perfecto, que solo él es digno de ser amado, y servido; de un dueño soberano, à quien solamente debemos agradar, y obedecer; de un Juez severo, cuyos decretos, y castigos son rigurosísimos: de un remunerador liberal, cuyas recompensas son infinitas, y eternas; de un Dios criador, que nos sacó de la nada; de un Dios salvador, que nos redimió à costa de su preciosísima sangre; y de un Dios santificador, que nos comunica su gracia; nos representa la idea de un Padre amantísimo, de un Dios poderoso, con quien todo lo podemos, y para quien nada hay imposible: esta idea hace que esperemos su gracia, y nos induce à implorarla: otras veces esta misma fé nos acuerda que hemos de morir, pero que como la parte mas noble de nuestro ser ha de sobrevivir, es necesario asegurar para esta alma inmortal, una eternidad feliz: nos representa la importancia de nuestra salvacion, cuya pérdida es irremediable: la fé abre el Cielo

lo à nuestra vista, y nos dá à conocer que su consecucion merece bien el sacrificio de los pecaminosos placeres: nos descubre aquellos inmensos abismos, que Dios tiene destinados para castigo de las ofensas que contra él se cometen, y en donde un instante deleyte se expia con penas eternas: nos pone à los pies del Soberano Juez, que nos ha de dar unos castigos correspondientes à los deleytes que nos engañaron, ò corrompieron: estas ideas daban fortaleza à Santa Ines en los mas crueles combates: ¿os parece, Señores, que el que sigue los impulsos de su passion, está verdaderamente convencido de estas verdades? ¡oh, Dios mio! ¿quién es el que las examina? ¿quién pecaría si las examinára? ¿y quién podría menos de examinarlas, si las creyera? La segunda reflexion es, que no hay cosa alguna, no solamente hablando de los deleytes sensuales, pero ni tampoco en todas las obligaciones de la vida christiana, tan difícil, que no sea asequible à la fé; no quiero referiros aqui, Catolicos, aquella multitud de testigos, de que habla San Pablo, que por medio de la fé, en todos los estados, y en todas las condiciones de la vida, à pesar de los obstaculos interiores, y exteriores se exercitaron en la justicia, y consiguieron una corona immortal: *Per fidem operati sunt transitum*: el exemplo de nuestra illustre Patrona, basta para convenceros de que no hay cosa imposible para un Christiano, à quien anima la gracia, y que obra con la fé, y por la fé: no me digais que es difícil en la juventud cautivarse, y violentarse para vivir con la regularidad que pide una vida verdaderamente christiana: Ines, ayudada de la divina gracia,

cia, consagra la flor de su juventud, con una exemplarísima piedad: no alegueis la fuerza de los malos ejemplos, el torrente de las costumbres, ni las conversaciones del mundo, Ines, ayudada de la fé, lo desprecia todo, y nos enseña que podemos, como ella, despreciarlo todo; alabanzas, promesas, bur-las, y amenazas; y que ni la mas elevada fortuna, ni los honores, ni las dignidades, ni las riquezas, fueron capaces de hacerla abandonar la ley de Dios: se expone á los mayores peligros, pero llena de confianza en el que la conforta, no los conoce: oy, Catolicos, no es tan facil el que tengais necesidad de derramar vuestra sangre en testimonio de vuestra fé; pero aun quando fuera preciso derramarla toda, mirad à Ines, que ayudada de su fé, se manifiesta intrepida, y alegre à vista de la muerte que la espera, la recibe con valor, y bendice à el que la proporciona la corona del martyrio: si vosotros honraseis vuestra Religion, como Inés, con la pureza de vuestras costumbres, la fé os dará aliento, como à ella, en los mas peligrosos combates: la fé, en el instante de vuestra muerte, os hará triunfar, como à ella, de los mas terribles enemigos de vuestra salvacion.

En aquel critico instante, en aquel terrible paso del tiempo à la eternidad, es en el que la fé se mira como el mas sólido consuelo del verdadero Christiano: ¡qué valor, qué consuelo, qué tranquilidad no derrama en su corazon! *Ecce quod credidi jam video*, dice entonces, como Santa Ines: mi Religion no me ha engañado: ya estoy experimentando toda la fortaleza con que antes contaba: el hor-

ror

ror de la muerte no me asusta, muero sin tener sentimiento de lo que dexo, y sin temer lo que me espera: *Quod speravi jam teneo*. Ya estoy viendo lo que antes esperaba de la bondad de mi Dios: lleno de confianza en su misericordia, no me queda duda de que me ha perdonado lo que yo he detestado sinceramente, lo que he confesado con humildad, y lo que he procurado expiar con todas mis fuerzas: es verdad que Dios es mi Juez, pero al mismo tiempo es mi Padre: su justicia me asombra, pero su bondad me asegura: mi esperanza se funda en su divina palabra, y asi, nunca quedará confundida: *Quod concupivi complector*. Ya empiezo à gozar anticipadamente el consuelo de amar à mi Dios, y de no amar otra cosa mas que à él: ah! ¿por qué habré empezado tan tarde à amarle? ¿Por qué no habré empleado en amarle todos los dias de mi vida? ¿Por qué tardará tanto el feliz momento en que me he de unir à él eternamente? Romped, Señor, romped las cadenas que me separan de vos: *Ad te venio, vivum, & verum Deum*. Vos me estais oyendo, ò Dios mio; mi alma impaciente vuela con alegría ácia vos, ò fuente de toda verdad, y de la vida eterna: *Congaudete mecum, & congratulamini*. Parientes, y amigos, que tanto sentís mi separacion, dexad de llorar; ¡es acaso digno de lastima el que sale del mundo para ir à unirse con su Dios!

De este modo muere Ines, y de este modo mueren tambien todos aquellos que han vivido segun la fé, honrando su Religion con la pureza de sus costumbres: ¿quién de vosotros, Catolicos, no embidia una muerte tan santa? Esta muerte es preciso que sea

T 2

re-

recompensa de una santa vida: vivid, pues, como verdaderos Christianos, si quereis morir como tales: à una vida christiana, sigue tambien una muerte christiana, y ambas serán premiadas con una corona inmortal: esta os deseo. Amen.

SERMON

PARA EL DIA DE SAN FRANCISCO
de Sales.

Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. *Matth. 5.*

EL mundo, à pesar de su corrupcion, no puede menos de estimar la virtud; pero no obstante ser la virtud tan estimada, rara vez sucede que se haga amar del mundo, Esto parece una especie de contradiccion; porque ¿cómo es posible no amar à un objeto que se cautiva nuestra estimacion? No me parece, Señores, que se necesita de mucho estudio para la solucion de este problema, pues es preciso confesar que son muy raras en el mundo las virtudes puras, y sin mezcla: la injusticia del mundo consiste en atribuir à la virtud los vicios de los que la practican: mira el mal genio, y la ridiculez como inseparables de la devocion, y juzga que el zelo debe ser esencialmente audaz, barbaro, è inexorable: quisiera vengar à la virtud de esta calumnia

nia con que la infama la preocupacion, y no me será difícil, pues la he de representar oy segun la idea que de ella nos dá San Francisco de Sales.

El nombre solo de San Francisco de Sales, ofrece desde luego no sé que idea de afabilidad, que penetra el corazon: al oír nombrar à San Francisco de Sales, todos se figuran un hombre hecho para ser amado, y al que es imposible no amar, un hombre à quien todos sienten no haver conocido, embidiando la dicha del siglo que le vió nacer; un hombre que quisieran hallar otro semejante à él, para elegirle por amigo: yo, Señores, no puedo pintarle mejor, que manifestandoos aquellas circunstancias de su vida, que explican su caracter, y que son como un compendio de sus virtudes, y asi os digo, que San Francisco de Sales fue un hombre destinado del Cielo para hacer amable la virtud, que la hizo amar efectivamente, y que la adquirió muchos discipulos: manifestaba tan amable la virtud en su propia persona, que casi era imposible conocerle, y no ser, ò à lo menos no desear ser virtuoso: ¿quál seria, Catolicos, el secreto encanto que le hacia de este modo dueño de los corazones? Jesu-Christo havia prometido que la mansedumbre recibiria en la tierra una recompensa anticipada, teniendo un imperio absoluto sobre todos los corazones, y esta promesa se vió perfectamente cumplida en San Francisco de Sales: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram.*

Aprendamos, pues, Catolicos, à ordenar nuestra devocion, y à arreglar nuestro zelo con la mansedumbre, y el agrado: de este modo nuestra devocion